

á las religiosas el solar que poseia, sino que levantara en él á su costa templo y habitacion para ellas, siendo una y otra como la mayor parte de los edificios de aquel tiempo, de cortas dimensiones y de pobre arquitectura.

No es menos creible que, muerto Tapia, las monjas quedaron sin patrono; bien porque aquel no dejase herederos, ó bien porque estos rehusaran continuar en el mismo encargo; lo cual se colige de que habiéndose arruinado años despues el monasterio, nos encontramos sacando de cimientos la nueva fábrica á Don Tomás de Aguirre Suasnaba, que no pudo concluirla por su fallecimiento, ni tampoco sus herederos, quienes por lo mismo renunciaron el patronato.

Entre tanto, y esto sí ya consta de cierto, el número de las monjas fue aumentando asombrosamente cada dia, y se mantuvo siempre en un guarismo elevado; á pesar de la disminucion que frecuentemente ocasionaba la salida de muchas para formar en otras casas, nuevas comunidades, ó como decia Balbuena:

Gerarquias de humanos serafines,  
Que en celestial clausura y vida santa  
Buscan á Dios con soberanos fines.

Hijas de las familias mas encumbradas, doncellas eminentes por sus talentos y sus gracias, eran las que aspiraban á encerrar su juventud llena de fragancia y armonías en este retiro humilde y estrecho, en cuyo seno deponian las exigencias de una aristocracia radicada en las costumbres, y se despojaban de todas las galas del siglo.

No obstante, el hábito de la Concepcion no podía eclipsar del todo los hechizos de una educacion esmerada, y he aquí por qué en medio de los rigores de una vida austera, descollaba en todo lo de las monjas, y particularmente en las funciones de iglesia, esa elegancia, ese gusto esquisito, ese refinamiento que son los naturales frutos de unas potencias cultivadas por el estudio ó aleccionadas por el buen ejemplo.

Distinguíanse las hijas de este convento sobre todo en la música, y por eso, al hablar de ellas el poeta antes citado, recordando sin duda los ratos deliciosos que gozaria en el templo oyéndolas cantar, dice con entusiasmo:

La limpia Concepcion, cuyas gargantas  
Suenan á cielo, y en aqueste fueron  
De sus vergeles las primeras plantas.

## IV.

## LA CAJA DEL MILAGRO.

Para saber quién fue el sucesor de Aguirre Suasnaba en el patronato del convento de la Concepcion, conviene que asistamos á una escena curiosa representada en lugar sagrado. Ella nos probará que si hay y ha habido héroes por fuerza, bienhechores hubo tambien por compromiso.

Era el día consagrado al culto de la Virgen titular del convento.

Como la fábrica del templo que hasta hoy existe se hallaba á medio empezar, los officios divinos se verificaban en una capilla ó ermita, y en ella se celebraba ese dia la misa solemne á que asistia lo mas selecto de la capital, ó del reino segun la expresion de aquel tiempo.

Llegado el momento del sermón, sube al púlpito un eclesiástico virtuoso pero de muy pobre hacienda: empieza su discurso todo alabanzas al objeto de la funcion, todo entusiasmo al elogiar la piedad de los fieles empeñados en sostener aquellos cultos, y todo ternura al reflexionar en la pompa de aquel acto, digna ciertamente de una iglesia menos estrecha y mejor engalanada.

Por un encadenamiento de ideas muy natural, pasa de ahí á encarecer á las monjas la necesidad de que ofrezcan el patronato á alguno de los muchos sugetos acaudalados y piadosos vecindados en la ciudad, asegurando que no duda lo aceptará cualquiera, y que aun sabe ya que un caballero hermano suyo, D. Simon de Haro, pensaba solicitarlo por solo el deseo de unir su nombre á una obra de beneficencia.

Por último, concluye exhortando á la concurrencia á perseverar en la devocion á María Santísima, y á D. Simon de Haro á no apartarse un punto de su hidalga disposicion para con las religiosas.

Pero antes de pasar adelante en la relacion, hay que apuntar un ligero incidente.

Mientras hablaba de esta suerte el eclesiástico, todas las mi-

radas se clavaron en el futuro patrono, que presente estaba, el cual no lo sufría, y conforme subían de punto los elogios, mostraba en el semblante una congoja, una palidez tal, que parecía colocado sobre el potro de la Inquisición: atribuyeron muchos á modestia esta turbación; pero el verdadero motivo lo manifestó solo á su hermano, cuando ya concluida la misa se vieron juntos en la sacristía.

—Par diez que me habedes puesto en gran aprieto, hermano!

—¿Cómo! no alcanzo. . . .

—Alentado de vuestra devoción, que es grande, y sin reparar en nuestra hacienda que, como lo sabe todo el reino, es corta, tuvisteis ánimo para comprometerme en una empresa que dará con mi honra al traste. . . . mirad bien en ello.

—Hablemos claros: no sé de qué quereis acusarme.

—¿Cómo de qué! ¿Perdisteis ya el juicio! ¿No haceis memoria de lo del patronazgo! ¿Qué haré si las monjas se muestran dispuestas á dármelo, habiéndoles vos asegurado que yo lo estaba á pedirlo?

—Pero yo no he dicho tal!

—¿Cómo si lo dijisteis! no os hagais del olvidadizo.

—¿Cómo! cuándo! en qué manera!

—¿En el sermón que acabais de regalarnos!

—Creedme, hermano D. Simon, por las sagradas órdenes que recibí, que no hago memoria de haber dicho en el sermón ni una palabra de patronazgo.

En llegando á este punto el diálogo, los interlocutores á cual mas confusos, quedaron gran rato en silencio, abismados en un piélago de reflexiones.

Después, como si obedeciesen ambos al impulso de una misma idea, sus miradas se encontraron, y el clérigo habló de esta manera:

—¿Hay sino ver en esto la mano de Dios? El en sus altos juicios os tiene destinado para bienhechor de este convento, y por eso yo sin pensarlo, me he expresado en el púlpito segun habeis oido: no hay que titubear, que el galardón se os guardará en el cielo; ánimo y echar la carga á cuestras!

—Todo bien considerado, creo tambien que en el caso hay algo que trasciende á maravilla; pero ¿de dónde haber caudales para fabricar convento, iglesia y lo demas que han menester las religiosas?

—¿Cuál es vuestro haber en el día?

—Os vais á reir: trescientos pesos!

—Principio quieren las cosas.

Dicho y hecho. Tres días después, las monjas habían ya concedido á D. Simon de Haro y su esposa Doña Isabel de Barrera, él español y ella mexicana, el patronato del convento; y estendida la escritura respectiva con aprobación de los superiores, el nuevo patrono, aguijoneado incesantemente por su hermano, emprendió continuar la fábrica de la actual iglesia, contratando operarios, comprando materiales, para lo cual tuvo que dar desde luego el primer jaque á los consabidos trescientos pesos, que cuidadosamente guardaba en una caja de cedro.

A fin de semana, á la hora de pagar á los operarios el salario que hasta entonces habían devengado, ó como vulgarmente se dice, hacer la raya, acudió á la caja de cedro, y se proveyó del dinero necesario; pasó otra semana y sucedió lo mismo; pero entonces advirtió, revisando sus cuentas, que llevaba ya gastados no solo los trescientos pesos referidos, sino diez veces mas, y con todo—la caja atesoraba la misma cantidad de siempre.

No hay mas que decir, sino que la fábrica del convento y de la iglesia hubo de concluirse, subiéndolo el costo á doscientos cincuenta mil pesos, y solo hasta entonces se agotó el dinero del arca prodigiosa; ¿podía desear mas el patrono del convento?

Desde que á todos se hizo público este hecho, el precioso mueble, que si no hubiera al fin perdido su virtud productora, fuera la mas rica mina del mundo, empezó á llamarse *la caja del milagro*, y fué conservada con estima hasta nuestros días en el convento.

---

V.

EL ESTRENO DE LA IGLESIA.

La noticia que antecede pertenece al dominio de la tradición cíclica.

La historia, en cuyo semblante animado aunque modesto descubre á las claras ser incapaz de alucinarse, sin que nada turbe su mirada de águila; si bien sonríe al vislumbrar el manto

vaporoso de la conseja, esquivada prudente acogerla en su palacio de luz y escuchar de unos labios seductores conceptos llenos de armonía, que á manera de eslabones de una cadena mágica, aprisionan al alma incauta adormeciéndola con tornasoladas mentiras.

Solo la realidad la lleva en pos de sí, arranca sus suspiros, ocasiona su desvelo y le merece apasionado culto; la realidad, altiva hermosura que desdeña vanos arreos, enemiga jurada de sombras y misterios, deidad ingénuo que se complace en presentarse á los ojos de la historia en inocente desnudez, y que apaga en ella cualquiera otro anhelo que no sea el de contemplarla y poseerla.

La historia es, por lo tanto, la sacerdotisa favorecida de la verdad; es un oráculo, y un oráculo temible para los adoradores de la fábula.

Así pues, si no queremos ver disiparse como el humo nuestra hechicera caja del milagro, no consultemos á la historia; mas si pretendemos saber de positivo con qué caudales contó Simon de Haro para llevar su obra adelante, interroguémosla confiadamente, y nos responderá, que el buen caballero, el noble republicano, era, como quien dice nada, un mercader de plata, y que para cualquier empresa podia disponer con desahogo de muchas barras de aquel precioso metal.

Sentado esto, quienquiera podrá escoger entre la severidad un poco brusca de la historia y la fragancia de la conseja.

Por lo demas, siguióse con teson la fábrica del monasterio, y en menos de cuatro lastros las monjas vieron coronadas sus esperanzas con el éxito mas halagüeño, pudiendo ya proceder, como procedieron, á la dedicacion de la iglesia.

Verificóse este acto con las solemnidades acostumbradas, y para dar de ellas una idea, trasuntamos en seguida el pasage correspondiente del diario del licenciado Guijó:

“Dicho dia sábado 13 (de Noviembre de 1655), se abrió la iglesia de Nuestra Señora de la Concepcion de esta ciudad, sujeta al ordinario, de donde es vicario Simon Estéban de Alzate, canónigo de esta catedral; la cual se edificó desde las paredes á expensas de Simon de Haro, mercader de plata, vecino de esta ciudad: porque sus cimientos los habia hecho el capitan Tomás Aguirre Suasnaba, alguacil mayor que fue del tribunal del Santo Oficio de este reino, y muerto él por el año de 45, re-



EXTERIOR DEL CONVENTO DE LA CONCEPCION

nunciaron sus hijos el patronato y le tomó el dicho Simon de Haro, y empezó luego á edificar costosamente la iglesia, coro alto y bajo, sacristía y sus oficinas, y sala de labor y torre; en que dicen tiene gastado mas de ciento sesenta mil pesos: salió la procesion este dia á las tres de la tarde de la Catedral, y fue á reconocer los balcones de palacio, donde estaba la vireina, y de allí fue por la calle del Reloj hasta la esquina del campanario de Santa Catalina de Sena, para que la viese una religiosa devota de la vireina, y de allí pasó por la delantera del convento de la Encarnacion y plazuela de Santo Domingo, y llegó hasta la esquina de las casas del regidor D. Fernando de la Barrera, y torció á la pila de la cerca de Santo Domingo, y fue por la delantera del convento de San Lorenzo hasta llegar á la Concepcion, donde se colocó el Santísimo Sacramento, y se cantaron las vísperas por el cabildo de la iglesia: y el domingo siguiente dijo la primera misa y predicó el dicho Dr. Simon Estéban, y á todos estos actos asistió el virey, audiencia, ciudad, tribunales y todo el reino: colgáronse las calles costosamente y pusieronse muy lucidos altares, y entre todos lo fue el que puso el convento de Santo Domingo, por ser prior de él un cuñado del dicho patron, llamado el maestro fray Alonso de la Barrera: púsose en la peaña de la cruz de la plazuela de Santo Domingo: ocurrió toda la clerecía con sobrepellices por edicto de ruego y encargo, y todas las religiones por convite, y por mandado del provisor los estandartes de todas las cofradías; quemáronse grandes fuegos durante la procesion y á la noche, y asimismo en casa del patron, sin embargo de que estaba impedido y en riesgo de la vida de hidropesía, y lo sacramentaron sábado 20 de dicho mes."

Vetancurt coloca este suceso dos años despues, es decir, en el de 1657, si ya no es que esta diferencia de fechas solo provenga de una de tantas erratas tipográficas de que abunda el libro del cronista franciscano.

Volviendo á Simon de Haro, añadiremos, que gravemente enfermo como estaba el dia del estreno de la iglesia, no pudo gozar por mucho tiempo de las preeminencias anexas á sus derechos de patrono, y en el mismo año, á 28 de Diciembre, murió, dejando una cuantiosa fortuna consistente en numerario, barras de plata y oro, que subia á cuatrocientos diez y seis mil

pesos, sin contar el menage, plata labrada, esclavos y posesiones.

Fue sin disputa uno de los magnates mas opulentos de su tiempo. Nombró por sucesores en el patronato, despues de los dias de su mujer, al rector y diputados de la cofradía del Santísimo Sacramento. Fue enterrado en la bóveda que á este fin hizo construir en la referida iglesia, y aun no concluía el acto, que tuvo verificativo á las cinco de la tarde, cuando se supo en la ciudad que de orden del virey se estaba procediendo al embargo de todos los bienes que dejó, por resulta de las veces que fue prior del consulado.

Sin embargo, parece que esos bienes tuvieron la rara fortuna de salvar de las garras del fisco, lo cual puede conjeturarse de que D<sup>a</sup> Isabel de Barrera quedó en posibilidad de seguir aplicando una parte de ellos á obras como las de la Concepcion. El ya citado Lic. Guijo nos informa, que á expensas de esa señora se reedificó la parroquia de Santa Catarina Mártir, la cual fue abierta de nuevo con una procesion solemnísima, el dia 22 de Enero de 1662.

## VI.

## PROGRESOS.

Desde que nuestras monjas abrieron su nueva iglesia á la admiracion de los fieles, creció el ahinco en las nobles familias de los vecinos de Méjico, y señaladamente en las descendientes de conquistadores, por que sus hijas tomasen el hábito de la Concepcion, y pocos años despues, segun refiere el curioso Vetancurt, encerraba el convento ciento treinta monjas de velo, con otras tantas niñas educandas y sus correspondientes mozas de servicio.

Y esto era natural, atendidos los elementos constitutivos de nuestra sociedad en aquel tiempo.

La aristocracia era intransigente en sus aspiraciones y exigencias tratándose de dar estado á las doncellas nacidas en su seno. Por otra parte, los hombres que pudieran satisfacer esas

exigencias y contentar esas aspiraciones, escaseaban cada dia mas y mas. Pero ¿cómo era posible que una señorita de sangre goda, cuya madre habia sido acaso dama de la reina, uniese su suerte á la de un criollo plebeyo por adinerado que fuese! Bien podia el amor tener unidos los corazones de uno y otra con vínculos de fuego; bien podia el amante estar dotado de prendas personales no comunes; bien podia ser dueño de los tesoros de un judío; el padre, y en especial la madre de su pretendida, desestimaban todas estas ventajas reales, y antes que consentir en dar al criollo la mano de la señorita, la ofrecerian gustosos al mozo pobreton, jugador y pependenciero, pero de sangre azul, ó sacrificarian el bienestar de la ninfa encerrándola contra su voluntad en un convento.

Ya por este tiempo estaba fundado el real de Jesus María, cuyo patronato tuvieron los monarcas españoles, y que fue expresamente destinado para servir de asilo á las doncellas desvalidas, vástagos de conquistadores, que anhelaran sepultar sus dias en el claustro; pero el de la Concepcion gozaba privilegios de antigüedad y de hermosura que no podia ningun otro disputarle: era ya una rica mansion que brindaba en su recinto silencioso todas las comodidades que hacen la vida llevadera y aun amable; habitábanla damas de sangre ilustre, enriquecidas con el prestigio de la juventud, las gracias y los dones de una fortuna colosal y cada dia en aumento; y sobre todo, pertenecia á una orden en cuyo establecimiento y adelantos intervinieron sucesos tan maravillosos como los ya referidos. Que ¡D<sup>a</sup> Beatriz de Silva era una mujer vulgar!... La noble fundadora no habia hecho mas que obedecer el mandato de la Virgen María, á quien tuvo la dicha de contemplar cara á cara; y el hábito de las monjas es una semejanza del en que se presentó á su alma candorosa y abrumada de pesares.

Ademas, su hermosura, su incomparable hermosura, ¿no fue el tema de todas las conversaciones y no causó las ansias y desesperacion de tantos caballeros? ¿no dió lugar á los celos de una reina? ¿y no cautivó, segun dicen malignos historiadores, aun al alma belicosa de D. Juan II de Castilla?

Por otra parte, los principios del monasterio mejicano, naden en una fragancia de dulces memorias, entre las cuales preside tambien la hermosura con todos sus hechizos. Las primeras damas que le fundaron con destino á la educacion de